

M I C R O S

Por ALFREDO MAILLEFERT

Para Mauricio Magdaleno.

1

HE ido al lugar donde reposan los restos de *Micrós*. Es—al final de una larga callecita pavimentada con cemento—una sencilla lápida de mármol, respaldada por una cruz de piedra gris. Sostiene esta cruz en uno de sus brazos una corona de florecillas artificiales, ya polvorientas y desteñidas. La lápida—de mármol blanco—tiene grabado en su parte superior el símbolo de una pluma rota, y en seguida, en renglones sucesivos, se lee esta inscripción: *Tick Tack. Micrós. Angel de Campo. Febrero 8 de 1908. E. P. D.*

Es en el viejo cementerio de Dolores. La lápida—maltratada, polvorienta, con hierbas del campo en las junturas—está bajo el cielo lleno de grandes cúmulos blancos de esta dulce mañana del Valle de México.

De unas ramas a otras—ramas verdes de un pino, de un ciprés—revuela un gorrión petirrojo. El cielo muestra anchos claros azules, aunque hace apenas un rato amenazaba lluvia. Yo traigo en la mano un anacrónico paraguas.

2

¡Tan pequeñito que es *Micrós*...! Se lo imagina uno vestido con un trajecillo negro, su sombrero de bombín, negro también—o acaso café—ya un tanto deteriorado de la cinta; los ojos chiquitos, chiquitos pero de mirada vivísima, tras los lentes que él nerviosamente se pone—se quita—y limpia de cuando en cuando con el pañuelo. Se lo imagina uno—si son ya las seis de la tarde—que luego de arreglar un poco la mesa y de guardar dos o tres expedientes de glosa, descuelga su bombín ne-

gro—o acaso café—y, despidiéndose del señor Pérez y del señor López con un “hasta mañana”, va saliendo por los enladrillados corredores, ya apenas con sol, por los enlosados patios, ya apenas con luz, del Ministerio de Hacienda y Crédito Público.

3

Y un vientecillo aseoleado mueve las ropas tendidas en las azoteas. Y el sereno con la frazada al hombro y la linterna encendida llega a su esquina. Y las chiquillas de la vecindad cantan y cantan cogidas de la mano, en el negro patio. Y una “calandria” de bandera amarilla pasa echando sobre los adoquines y sobre las paredes las sombras chinescas de sus caballos. Y la buñuelera, de pañolón rojo, atiza la lumbre del puesto. Y el borracho pide su taza de *hojas*, con un buen *jalón* de refino. Y el cilindrero toca “El aria de Traviata” y luego, a petición del tendero, “La Golondrina”. Y las muchachas del 6—las niñas Márquez—se acodan románticamente a la ventana. Y las estrellas cintilan—muy claras—entre los sombríos muros de tezontle. Y las muchachas de la vecindad cantan y cantan, con muy dulces voces, en el negro patio.

4

Y el *chato Barrios* está haciendo su *plana* a la luz de un cabito de vela. Y el señor *Quiroz* se ha sentido un poco enfermo... pero no, tal vez no sea nada. Y un perro hambriento, alobado—*el Pinto*—anda debajo de la mesa de las *carnitas*, husmeando. Y las chiquillas de la vecindad cantan y cantan, con muy dulces voces:

Naranja dulce, limón partido
dame un abrazo que yo te pido.
Si fueran falsos tus juramentos...

La luna—grande, amarillenta—va caminando sobre las viejas azoteas, por entre los tinacos, por entre los tendedores... ¡uy como la *Llorona*...! Hace rebrillar las losetas de azulejos de los ábsides, de las cúpulas. Va caminando entre cirrus muy lindos. Y la ciudad—la vieja ciudad de México—se duerme—con sus lucecitas aquí y allá. Se duerme—o finge dormirse—con quién sabe cuántos ensueños dolorosos y quién sabe cuántas tragedias. Sueños absurdos, a veces, como este de la *Chata fea*, que siendo de trapo y siendo tan fea, soñó que se casaba con el marinerito de los ojos azules.

5

Pero, tras esas horas densas de la noche, ya la ciudad despiértase. Ya el sol ha dorado las cimas impolutas del Ixtaccíhuatl y el Popocatépetl, y alumbra vagamente la palangana sanguinolenta de la comisaría. Están llamando—muy temprano— a las primeras misas—en la Concepción Cuecopan, en Loreto, en San Hipólito. El sereno sopla su linterna y platica con el oficial de la Montada. Pasan entre la húmeda neblina los coches que van a la estación. Circulan ya las primeras corridas de los tranvías. Entran por las garitas doradas de sol—entre las *milpas*, entre las simétricas hileras de magueyes—los burros que traen la leña, los botes de la leche; los indios de piernas desnudas, con huacales, con gallinas, con cazuelas. El piar de los pájaros. El qui-qui-ri-quí de los gallos... Conoce *Micrós* admirablemente estas horas diáfanas de la mañana; no sólo la que vuela *ojerosa y pintada en carretela*... , también estas otras del amanecer. Esta hora límpida de las seis de la mañana, en que por el Canal de la Viga llegan, empujadas con un palo, las trajineras cargadas de lechugas, de coles, de zanahorias; de amarillos zempatzuchitls, de “¡amapolitas muy rojas, amito!” “¡La jaletina!” , grita por las calles una voz todavía soñolienta. “¡El Imparcial!” “¡El Popular!”

6

Todas las horas de la ciudad palpitan en estas páginas humildes de “Cosas Vistas”, de “Carto-

nes”—como un corazón bajo la camisa pobre de un empleado. *Micrós* es como un corazón... , pobre: un corazón de Dickens. *Micrós*, es como el reloj... barato, pero exactísimo, de la ciudad. ¡Qué bien que su seudónimo sea también *Tick Tack!* *Micrós* es como el reloj de esta casa grande que es México, que es todo nuestro México, pues qué páginas escribió también inspirándose en los pueblecillos, en los campos. Y el día en que el reloj se detiene—ese 8 de febrero de 1908 en que murió *Micrós* a las tres y media de la tarde en su casa de la calle del Chopo; el día en que el querido reloj se para... , la casa, la casa grande se queda, y por muy largos años, ¡por muy largos años!, sin aquel emocionante y emocionado *Tick, Tack*. Se quedó silenciosa. Se quedó callada. Y un corazón romántico, un oído atento, habrían percibido en aquel silencio de la casa, en aquella soledad—y como si fuesen un eco del reloj que se había roto—los pasos—pasos rasteantes—de quienes se llevaban, en hombros cargado, el ataúd de este insignificante empleadillo del Ministerio de Hacienda.

7

No alcanzó *Micrós* los sucesos de la revolución, murió dos años antes, pero sus páginas humildes están ya embarazadas, están ya hinchidas de ella—y nos lo descubren así a cada paso, sin embozo, con esa castidad o esa impudicia de las mujeres pobres.

8

No en el límpido poema de López Velarde, donde hay mágicas luces de bengala y el rebozo *lleva aún los dobleces de la tienda*; en los artículos de *Micrós* es donde las campanadas caen a toda hora humildemente, *como centavos*... En la “Suave Patria”, *el barro suena a plata*; en los artículos de *Micrós*, el barro suena a barro.

9

Hoy—en ciertos sectores literarios—se diría que *Micrós* era un *pompier*.

y 10

Comienza a llover. Medito un momento más junto a la tumba de Angel de Campo. Y abro mi anacrónico paraguas.